



Gratis.

RELACION

QUE HA DIRIGIDO

AL SUPREMO GOBIERNO

EL SR. CORONEL D. JUAN BAUTISTA EL ESPURU.

sobre el combate del Portete de Tarqui.



SEÑOR MINISTRO.

Al separarme del cuartel general, S. E. el Presidente me manifestó que á mi arribo á esta capital, hiciese al supremo gobierno una relacion circunstanciada de los acontecimientos mas notables que han ocurrido en la presente campaña, desde el infausto suceso de Zaraguro, hasta el dia en que han cesado las hostilidades. En cumplimiento de este encargo hago á US. presente, que el 12 de febrero al anochecer, se movió el ejército del pueblo de Zaraguro, en direccion á la hacienda de la Papaya, dejando á nuestro flanco derecho el camino que conduce á Cuenca.

Los dos ejércitos habian estado en presencia y en observacion recíproca, hacia algunos dias, en posiciones inespugnables, con solo un río de por medio, sin que ninguno de ellos se hubiese decidido hasta el citado dia 12, á tomar la iniciativa del ataque. En tal estado de irresolucion, S. E. el Presidente, de acuerdo con el señor general en jefe don Agustin Gamarra, proyectó el enunciado movimiento, con el objeto de sacar al enemigo de su posicion ventajosa, y maniobrar de manera, que atrayendole á los llanos de Tarqui, se le precisase á dar ó recibir la batalla en un terreno, en que siendo nuestra caballeria superior en número y calidad á la contraria, se podria conseguir con verosimi-

litud una victoria decisiva. Con esta probabilidad, nuestras divisiones se pusieron en marcha en el órden siguiente: la primera, al mando del señor general Plaza, tomó la cabeza; inmediatamente siguió la segunda al del general Cerdeña; despues contiúo el señor general Necochea con la caballeria, á la que seguia el parque, y el coronel Jimenez quedó en la plaza de Zaraguro con la tercera division encargado de cubrir la retaguardia del ejército. Como á las diez de la noche hizo este gefe retirar la compañía que estaba posesionada del puente, y los demas destacamentos que cubrian los puestos de seguridad.

Los enemigos que percibieron el movimiento, ó que fueron avisados de él por sus espías, vinieron á reconocer si en efecto habiamos movido el campo, mandando unas compañías de infanteria. Estas alcanzaron á la nuestra antes de entrar en dicho pueblo, y haciendole fuego consiguieron desordenarla. A los primeros tiros que se oyeron, el coronel Jimenez ordenó que el batallon Núm. 8 marchase á tomar una posicion á retaguardia del pueblo, y encontrandose con el batallon primero de Ayacucho que conducia dicho Jimenez al mismo punto, por otra direccion, se cortaron reciprocamente en un paso mon-

tuoso, y mezclandose sus filas, se hicieron una masa confusa, y se dispersaron completamente; sin que los esfuerzos, ni la persuacion de sus gefes y oficiales bastasen á contenerlos. La obscuridad de la noche impidió mostrarles su error.

El enemigo cerciorado de este contraste al dia siguiente puso á provecho una circunstancia que le era tan favorable, y siguió el camino que llevaba el ejército. A corta distancia encontró el parque, que habiendo marchado lentamente, á causa de haberlo abandonado los paisanos que le conducian, y de estar la cuesta por donde subia enteramente imposibilitada de lodo y agua, cayó todo en su poder.

Este suceso inesperado, que no se creyó en un principio de tanta consideracion, fué noticiado á S. E. el Presidente el mismo dia por el teniente-coronel Valle, jefe de E. M. de aquella division. En su consecuencia S. E. expidió providencias para que se reuniesen los dispersos que se hubiesen estraviado; y mandó á dicho Valle á Loja, á verse con el señor ministro de la guerra D. Mariano Castro, á fin de que, haciendole saber esta ocurrencia desagradable, reuniese todos los dispersos, y marchase á reunirse con el ejército. Este hizo alto el 17 en San Fernando, con el objeto de esperar al señor Castro, que conforme á los avisos que dirigió de tener reunidos los dos batallones, demoraria muy pocos dias en su incorporacion. En esta persuacion se le ordenó el 21 al jeneral Plaza que con su division ocupase el pueblo de Jiron, y el 23 se reunió el Sr. Castro con 600 hombres.

En tales circunstancias, S. E. calculó que no se debía perder mas tiempo en continuar el movimiento comenzado, porque por una parte estaba convencido de que el entusiasmo y ardor de nuestras tropas suplirian esta pérdida, y por otra que la accion seria decidida, con las armas de la ofensiva.

Para no comprometer la seguridad del ejército en la marcha, y tomar como era regular una idea exacta de la posicion del Portete, mandó al señor Altaus, coronel de Ingenieros, con el encargo de que la reconociese escrupulosamente, y le avisase qué número de tropas bastaria á conservar y defender ese puesto tan importante; que se debía considerar como la llave principal del camino para salir á los campos de Tarqui. El señor Altaus contestó que dos compañías eran suficien-

tes para impedir que el enemigo, en cualquier número que viniese, se alojase en dicho desfiladero. Sin embargo de esta noticia S. E. á su llegada el 26 con todo el ejército á Jiron, ordenó al jeneral Plaza que marchase á tomar el punto del Portete, que distaba dos leguas, lo cual se verificó en esa misma tarde.

El señor coronel Raullet, que marchó con el referido jeneral, hizo la descubierta, recorrió bien el campo con una partida pequeña de caballeria, y regresó no habiendo avistado á los enemigos en ninguna direccion.

A pesar que todos los avisos estaban conformes sobre que el enemigo se hallaba en distancia, el señor jeneral en jefe ajitado de un cierto presentimiento, previno al señor coronel Bermudez, J. de E. M. J., marchase á las 3 de la mañana con la columna volante de 4 compañías que se habia formado en ese dia, acia el puesto donde se habia situado la primera division; y dicho señor jeneral puso en seguida en movimiento todo el ejército en la misma direccion.

Al subir la cuesta oyó unos cuantos tiros, que le hicieron sospechar que el enemigo se aproximaba. El señor coronel Bermudez, dejando el mando de la expresada columna al mayor Salaberrí, se unió con el señor jeneral en jefe; y juntos se dirigieron al sitio, que pocos minutos despues debia ser el teatro de una obstinada contienda.

Mientras tanto los enemigos principiaron á atacar con el mayor denuevo la posicion por el frente. El jeneral Plaza, habiendo hecho sus disposiciones, les oponia una resistencia enérgica. A este tiempo llegó el señor general Gamarra con el coronel Bermudez, y despues de haber reconocido bien las fuerzas enemigas, tomó dos compañías y cargó con ellas á la bayoneta á la primera division colombiana, mandada por Urdaneta: esta fué arrollada, y dispersa dejando el terreno sembrado de cadáveres. En este glorioso encuentro le mataron al señor general Gamarra, y al coronel Bermudez las mulas que montaban.—El enemigo que no se intimidó por este primer suceso, reiteró un nuevo ataque con su segunda division. El señor general Gamarra montó el caballo que le dió un gefe, y saliendo al encuentro con otras compañías, consiguió rechazar la fuerte columna de ataque que se le opuso, desorganizarla, y hacer-

Al recular. En este choque le mataron el caballo. Entonces los enemigos conociendo la buena continencia de nuestras tropas, y la dificultad que experimentaban en forzar la posición, intentaron un ataque simultáneo por frente y flancos. En este instante se empeñó un fuego vivísimo que redoblaban su intensidad, y se hacía más mortífero á proporción que se acercaba más el enemigo. En tal coyuntura llegó S. E. el Presidente, y recorriendo las filas daba á los soldados ejemplo de intrepidez y decisión, arrojándose sobre las bayonetas contrarias. Parecía que deseaba con sus solos esfuerzos contener al enemigo. Los edecanes Gonzalez y Estrada, fueron, el primero herido, y el segundo muerto á su inmediación, y la mula en que montaba recibió un balazo.

Nuestra columna de cazadores apenas principiaba á llegar al Portete, cuando el enemigo ganaba ya mucho terreno, en todas direcciones, principalmente sobre nuestro flanco izquierdo. Los bravos que componían la primera división reducidos á un corto número, se veían obligados á perder terreno á los progresos siempre crecientes de fuerzas cuadruplicadas que los envolvían por todas partes. No había esperanza de poder sostener más tiempo la posición, porque no había á la mano medios de resistencia que oponerles. Los que bajaban se precipitaban, é impedían el paso á las compañías de cazadores. El camino era demasiado estrecho, y todo el estaba obstruido con los que iban y venían. El enemigo dueño del Portete instaba demasiado, y el escuadrón Cedeño que había penetrado por nuestro frente, se disponía para cargar nuestra infantería: una gran parte de ella se dispersó en el bosque, y el batallón Pichincha tubo que romper el fuego para contenerlo. En tal situación el señor general en jefe de acuerdo con S. E. marchó á retaguardia con el doble objeto de situar el ejército en buena posición, y tomar medidas para contener los dispersos que eran en número excesivo. Apenas el ejército pudo formar en línea mil quinientos infantes.

El tiempo era urgente y las circunstancias eminentemente críticas. Precisaba sobre todo por un golpe de audacia y de vigor, imponer al enemigo y hacerle entrar en circunspección. Con este fin el Sr. General Orbegoso hizo adelantar al

1.º de Husares; mas habiendo regresado el Sr. General Necochea, que llevado del deseo de cerciorarse de lo que pasaba, había subido la cuesta, le previno quedase á la cabeza de la caballería, mientras él á la del escuadrón cargaba al enemigo. El escuadrón Cedeño que recibió el choque, fué lanceado completamente, quedando en el campo sus jefes, oficiales y tropa. Las dos compañías de cazadores enemigas que abanzaban rápidamente, tiraron los fusiles, y se dispersaron. Las columnas que bajaban del Portete retrogradaron, y se situaron en el punto más estrecho de la cuesta. Terrificados los enemigos con la carga tan impetuosa, y también dirigida de este solo escuadrón, quedaron en inacción; y nuestro ejército pudo entonces formarse en una posición que estaba á vanguardia del pueblo de Jiron.

A poco tiempo llegó un parlamentario de parte del enemigo con proposiciones de iniciar tratados de paz; mas como no venía suficientemente autorizado, se le contestó que el general Sucre podía entenderse con S. E. oficialmente.

Mientras tanto el enemigo nada había emprendido en ese día, y solo se contentó con conservar la posición del Portete. Esta irresolución movió al Sr. General Gamarra á proponer en la misma noche varios proyectos, los cuales estuvieron reducidos á hacer ver á los Jefes superiores que debíamos resolvernos á hacer un movimiento por uno ú otro de los flancos; que era preciso, sino se forzaba el desfiladero del Portete, emprender la retirada. Por lo pronto todos deseaban abrazar el partido más honorífico: el de batirse nuevamente: mas habiéndose objetado por algunos SS. Jefes ciertas dificultades que en seguida manifestaré, demasiado obvias y que tenían una probabilidad de suceso, se sometieron á la deliberación de una junta de guerra, que el 28 se reunió convocada por S. E. el Presidente.

En ella espuso cada Jefe su dictamen según costumbre, y por unanimidad se convino en los puntos siguientes:—que siendo inespugnable la posición que ocupaba el enemigo, no se podía forzar con tropas, cuya moral se hallaba un poco afectada con los sucesos anteriores: que tampoco se podía emprender por ninguno de los flancos, por que siendo todo el terreno demasiado quebrado y montuoso, en terminos de no poder formarse cuatro

hombres de frente, nuestra caballería que estaba del todo intacta, no podía operar, y estaba espuesta á ser fusilada impunemente en cualquiera desfiladero de los muchos que habia que atravesar: que nose podía pensar en hacer una retirada en orden, atendiendo á que las municiones que existian se quemarian en un cuarto de hora de un formal empeño, ó en los ataques parciales que se emprenderian para contener al enemigo; y por último, que si esta se pronunciaba con el á la vista y en estado de ofendernos por todas partes, se perderia la mayor parte del ejército, ó se veria reducido á rendirse á discrecion. En vista de todas estas consideraciones, que fueron discutidas suficientemente por todos los miembros que componian la junta, se resolvió—que se estipulase un convenio preliminar de paz, de que el Supremo Gobierno debe ya estar enterado.

Nuestra pérdida há consistido en cinco gefes, veinte oficiales muertos y diez y siete prisioneros y como mil hombres entre muertos, prisioneros y extraviados. La del enemigo por calculo aproximado, en razon á lo mucho que sufrió en el rechazo de sus columnas, puede ascender á dos mil hombres entre muertos, heridos y dispersos.

Tal ha sido, Señor Ministro, el éxito del combate del Portete, en el que la 1.^a division, el batallon Pichincha, y el 1.^o de Usares, han mostrado una bravura y un entusiasmo sin límites, y han

paralizado los progresos de un enemigo orgulloso, que avanzaba con toda la confianza que inspira un primer suceso. Los valientes gefes y oficiales que han quedado sobre el campo de batalla, se han cubierto de gloria, han ilustrado sus nombres en esta jornada, y han llevado á la tumba las lágrimas y el sentimiento de todos sus compañeros, que en esos momentos ansiaban por tomar parte en este choque para siempre memorable. Parte de nuestras tropas se han batido, sin suceso, es verdad; pero no sin gloria; y si ese ejército enemigo, cuyas ventajas debió á los accidentes del terreno, y á otros incidentes difíciles de preveer, se hubiese presentado en campo raso, habria tardado en desaparecer solo el tiempo que nuestras columnas hubiesen invertido en cruzar sus bayonetas y lanzas con las contrarias. No ha sido el valor de las tropas, no los conocimientos tácticos y estratégicos de los generales enemigos, los que han obligado á los nuestros á firmar el convenio de Jiron: ha sido sí, unicamente, una complicacion de desgracias y faltas de algunos gefes y subalternos, que ni la mayor vijilancia, ni la pericia militar, ni las meditaciones mas profundas, pueden á veces remediar.

Todo lo que tengo el honor de poner en conocimiento de U. S. para que se sirva elevarlo al de S. E. el Vice-presidente.—Dios guarde &c.

Juan Bautista Eléspuru.

Lima 1829: Imprenta de J. Masias.